

Las concepciones filosóficas de Thomas Bernhard

The Philosophical Conceptions of Thomas Bernhard

José Javier FRANCO

Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas

Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela

Unidad de investigación de la Literatura Latinoamericana del Brasil y el Caribe.

RESUMEN

La búsqueda de conceptos filosóficos dentro de una obra literaria, el recorrido sinuoso que tras la huella de tales conceptos se traza en la novela, va a brindarnos nada más que la posibilidad de otro texto. La literatura se construye casi siempre a partir de supuestos, de excusas. Al texto primero, digamos, le sirve de esqueleto el pensamiento, las obsesiones, los vericuetos del pensar de su autor. Al texto que de un texto viene lo sostiene el primero, el texto originario (consúltese a Barthes). El siguiente es uno de esos textos; en él no se ofrece otra cosa que un acercamiento al texto de Bernhard; a un texto de Bernhard de los tantos que ese texto da, según los lectores y las lecturas. Los conceptos de hombre, sociedad, vida y libertad son nada más que el andamiaje sobre el que nos iremos a tientas desplazando.

Palabras clave: Hombre, vida, sociedad, libertad.

ABSTRACT

The search for philosophical concepts within a literary work, the sinuous search for such concepts found in novels brings about nothing more than the possibility of yet another book. Literature is constructed from certain premises and on excuses. The text itself, we say, serves as a skeleton of thoughts, the obsessions, the rough mental wanderings of the author. A book which is stimulated by another text, stems from that text, the original text (consult Barthes). The following is one of those texts in which nothing more is offered that a closer look at a text by Bernhard, one of many texts offered in this book by Bernhard, according to readers and readings. The concepts of man, society, life and liberty are nothing more than a framework on which we will attempt to move about.

Key words: Man, life, society, liberty.



No. Seguramente no seré capaz de decir dos o tres palabras coherentes. Aunque la verdad es que reina la claridad. ¡Y cómo reina! Y luego todo enmudece, no ocurre nada que concuerde. Y qué distinto aparecerá todo cuando lo lea en lo que aquí anoto. Todo totalmente distinto. Porque lo anotado no es exacto. Nada de lo que se anota es exacto. No puede pretender Nada. Ni siquiera precisión, aunque todo se consigne según el leal saber y entender, pensando saber algo sobre un asunto totalmente cierto. Siempre será, en el mejor de los casos, menos falso. Pero falso. Distinto. Por consiguiente, no verdadero.
HELADA. Thomas Bernhard.

I. EL HOMBRE

No creo que logre enmarcar las concepciones filosóficas de Bernhard dentro de una determinada corriente filosófica. No creo que logre reducir su obra a eso. Todo es mucho más complejo. La obra de Bernhard -su obra toda, quiero decir- es, ante mis ojos, un cuerpo orgánico y contradictorio, toda una masa enorme moviéndose como un ser humano o quizás más allá o distinto, en todo caso más complejo, de lo que se movería cualquier ser humano. Eso que está ahí es pues irreductible a cualquiera de los conceptos que pueda uno extraer de él, irreductible incluso a todos los conceptos que nos propone, y estos pueden llegar a abarcar toda la filosofía, o toda una filosofía.

Sabemos, sin embargo, que las concepciones filosóficas de Thomas Bernhard no escapan a determinadas corrientes del pensamiento, que el mismo Bernhard no escapa a su época, que podemos situarlo en el tiempo y en el espacio. Su obra sin embargo se levanta de entre nuestras manos y se instala en otro orden, en otros espacios, fuera de la concepción misma de tiempo.

Podríamos hablar, por ejemplo, de un anti-humanismo en Bernhard, en la obra de Bernhard. Pierre Henri Simon reduce el humanismo a lo esencial, a lo primordial del pensamiento humanista: por humanismo es preciso entender una actitud de pensamiento que comporta dos afirmaciones esenciales: existe una naturaleza humana; y lo humano se caracteriza por la vida del espíritu. El humanismo trasciende el concepto de hombre, lo idealiza, concibe una naturaleza humana ideal y la definición del mismo deja de depender de los meros accidentes de la existencia individual o colectiva (Simon) para responder a esa esencia. Los actos humanos no son, vistos desde esta perspectiva, todos aquellos cometidos por el hombre; el hombre puede, si no responde a esa esencia humana, cometer actos inhumanos, actos que no le son propios.

Por otro lado, existe esa caracterización de lo humano por algo desconocido, por el misterio, al que se ha dado en denominarle *espíritu*. Digamos, algo sin nombre, inasible, que llama al hombre no sólo a cometer actos humanos, sino incluso a trascenderlos e ir más allá de ellos en busca de respuestas ultra-terrenas al problema de su existencia.

La vida corporal es egoísmo, apetito, anhelo de potencia y de dominación, explotación de lo que es débil por lo que es fuerte: esos son valores que el hombre aprecia y tiende a realizar al nivel de su ser sumergido todavía en la animalidad. En

forma opuesta, el espíritu se torna hacia el amor, hacia la justicia, hacia la verdad y la belleza; él es libertad y razón, nunca determinismo e instinto (Simon, 1962).

Con las dos guerras mundiales, estas concepciones, esta definición de la naturaleza y el espíritu humanos cambian; y se agudizan los ojos que sobre el hombre se detienen para intentar verlo más exacta, más objetivamente. El hombre aparece, durante y luego de las dos guerras mundiales, totalmente abandonado de ese espíritu, de esa búsqueda de verdad y amor señalada por el humanismo primero. El hombre como ideal se derrumba.

En Bernhard, en sus personajes, seguimos encontrando ese lado corporal inclinado hacia la maldad o la crueldad, ese lado del hombre capaz de cometer atrocidades o las más grandes atrocidades, aun cuando éstas no pueden ser entendidas ya como grandes atrocidades. El hombre, en todo caso, es una suma de actos inhumanos, una siempre constante suma de un acto inhumano tras otro. Bernhard no nos ofrece en modo alguno esa posibilidad de salvación o de redención de la característica espiritual del hombre. El espíritu ha abandonado al hombre y lo ha dejado a la razón, con la que apenas se defiende de lo oscuro, y a su instinto, tan animal como siempre. Y el hombre es tanto más humano en cuanto más espiritual, él es el Sabio, el Héroe, el Santo o el Artista. (P. H. Simon, 1962).

Ese ideal está también deformado o desvirtuado en la obra de Bernhard. La posibilidad de que el espíritu corrija o haga trascender al hombre se arruina en Bernhard al presentársenos ese hombre como el desesperado para quien sólo existe como soporte, como asidero, esa misma angustia, esa misma desesperación. Ni el arte ni la religión pueden salvarlo de la vida, de sí mismo, de su visión del mundo y de ese mismo mundo que se le viene todo a pedazos entre las manos mientras trata de mantener todos esos pedazos unidos para ver si descubre o entrevé algún sentido todavía. Y si no existe posibilidad con el arte o la religión, pensar en la razón como salida es absurdo en tanto que es precisamente la razón la que ha abierto los ojos de ese hombre ante lo inhumano del mundo y de sí mismo.

La inseguridad era lo que espoleaba a los hombres a las grandes realizaciones, lo que hacía que los hombres, que en realidad no estaban hechos para nada, fueran capaces de todo. Los héroes surgían de la inseguridad. Es decir, de un estado de angustia, de miedo, de desesperación. "Salvo las creaciones del Arte". No era la seguridad lo que imperaba, sino la debilidad mental, la impotencia (...) lo ordinario, no lo extraordinario (Bernhard, 1985).

Decir que Bernhard es sólo un anti-humanista sería, claro, demasiado simple. El existencialismo ronda cerca, pero lo que Bernhard nos plantea en primer término es el hombre en conflicto extremo, el hombre en los límites de la existencia humana; y esa realidad compleja y problemática, esa situación del hombre en el mundo, confrontada y contradictoria, nos da una definición -que no es tal, además- de hombre que intenta ser mucho más compleja que la ofrecida desde la filosofía, en tanto es más cruda o es presentada de una manera más cruda.

Para descubrir a ese hombre, Bernhard no abandona ninguna posibilidad, ninguna perspectiva. Sabe que debe observarlo minuciosamente porque hasta en los últimos reducidos de su comportamiento, en los repliegues de su cotidianidad, puede esconderse algo esencial para el claro y exacto conocimiento de ese hombre:

Me pidió que observara atentamente a su hermano, y nada más. Una descripción de su comportamiento, del desarrollo de su jornada; información sobre sus opiniones, intenciones, manifestaciones, juicios. Una descripción de su forma de andar. De su modo de gesticular, de encolerizarse, de "rechazar a los hombres". De su manejo del bastón. "Observe usted la función del bastón en manos de mi hermano, obsérvela de la forma más atenta (Bernhard, 1985).

Claro que le interesa es el individuo y, en realidad, muy poco del hombre entendido como colectivo, como grupo social; aun cuando existe la certeza de que no se va a encontrar nada en ese hombre, en ese individuo, que pueda restablecer el concepto en el que se lo tiene. Tiene una opinión además *muy pobre* de esos hombres, una opinión que le resta cualquier posibilidad creativa o de cambio. El hombre es eso que es y es lo que seguirá siendo siempre puesto que él mismo es la imposibilidad de cambio, esa imposibilidad de creación y de cambio lo caracteriza y por tanto no lo abandonará, lo que es lo mismo que decir que el cambio no ha de darse, no puede darse nunca verdaderamente. Hablamos acaso de la permanencia de algo que antes hemos denominado espíritu y que estaría construido de una materia más allá de la materia misma y que por lo mismo sus alteraciones o su posibilidad de alterarse es, sino nula, mínima; al menos en Bernhard, para quien el hombre es un cúmulo de obsesiones, o una obsesión arbórea, ramificada hasta lo perverso.

(...) los hombres eran portadores de profesiones, portadores de opiniones de distinto límite de velocidad y tiempo de vida, guiados por la estupidez. Lo mismo la sencilla chica de campo que el presidente del consorcio. Bloqueados del sentimiento y la razón, no se podía hablar ya del individuo. ¿De qué sirve que los más hábiles, los más razonables, ocupen los mejores puestos? ¿Que hayan concertado seguros por valor de millones? ¿De millones de esperanzas en el porvenir? ¿Tradiciones? ¿Bizantinismos? ¿Absurdos? Nos precedía una reputación que nos mataba (Bernhard, 1985).

El hombre que encontramos en la obra de Bernhard y que sentimos tan cercano a este hombre de fin de siglo de nuestros días, es un hombre que acude a la soledad como último refugio y que, inclusive, muchas veces, esa elección de soledad no es tal, puesto que la soledad, como la vida, como la muerte, como la rabia, la derrota, el fracaso o el amor, le son impuestas desde un orden al que, aun cuando opone resistencia con todas sus fuerzas, no puede torcer, no puede quebrantar. Pierre Simon nos dice que *la conciencia solitaria aparece generalmente como una reacción contra el desorden de las ideas o de los acontecimientos; es una actitud para los períodos de crisis histórica y de disgregación cultural.*

II. LA SOCIEDAD

La sociedad, lo social a lo que el hombre está atado, eso que lo conforma junto al resto de sí mismo, eso que es él mismo entendido como pluralidad, aparece cada vez más lejos del hombre. Una imposibilidad mayor que nuestras fuerzas se opone a que interfiramos en el estado de cosas, en las ideas del colectivo, en el gran hombre masa. Nos interesa la política, pero la política se encarga de irnos desinteresando por ella. La sociedad nos aparta y nosotros terminamos apartándola y apartándonos nosotros de ella. La escisión se establece de ambas partes. El hombre ciudadano, el habitante de las grandes urbes, ha desa-

rollado una costra o capas de costra que, incluso inmerso como está o como no puede dejar de estarlo en una sociedad de la que es apenas una pieza prescindible, no pertenece a ésta. El engranaje cruje.

La verdad es que a mí ya no me interesan, mirándolo bien, las maquinaciones políticas. Pero hubo un tiempo, y no está muy lejano aún, en que estaba hambriento de cualquier noticia en materia política. Al fin y al cabo, lo político es lo único interesante en la historia de la humanidad. Da a todo un contenido para el espíritu. ¡Naturalmente! Ahora me he retirado, como sabe usted, y lo sigo todo sólo de cuando en cuando. (Bernhard, 1985).

El entorno es un absurdo, dentro de lo social como fuera de ello. Tenemos referencias de un mundo que no nos acepta, que nos margina, y esas noticias apenas nos recuerdan que existe, que todavía existe ese mundo del que ya poco o nada nos interesa. No conservamos ni siquiera un sentimiento nostálgico, ni siquiera esa cicatriz oscura que es la culpa. El mundo ha dejado de lado al hombre lúcido, al hombre que puede leer entrelíneas a ese mundo; lo ha situado fuera de sí, incluso fuera de la naturaleza, fuera de lo natural y de lo antinatural, que también es parte de la naturaleza. Ese hombre no es siquiera un fenómeno; ese hombre simplemente no es. Pero el mundo, aunque no le interesa a ese hombre, es lo único que le interesa, lo único que le importa. Sobre el mundo, y no sobre otra cosa, reflexiona siempre ese hombre. Lo obsede el mundo como lo obsede su propia vida, como lo obsede y turba la vida. Es un todo con las cosas, con el mundo; una cosa, un problema, el problema de la libertad, digamos, el problema del mundo, de la sociedad, del tiempo, ese gran problema que es el tiempo (¿Cómo será mi futuro? ¿Qué me espera ahí? ¡Mañana! ¡Pasado mañana! No quiero pensar en nada que pueda ocurrir. El Futuro, ¿qué es? ¡No quiero pensar! (Bernhard, 1985). No puede separarlo del otro, de los otros problemas. No puede pensar acerca del hombre sino sabe o concibe primero a ese hombre como un ser del mundo, como un ser social, como un ser vivo, como un ser "libre". (La libertad siempre la deja en entredicho).

La vida es la complejidad de esa vida y no la complejidad de sus partes. Cada parte, es decir cada problema de la vida, es una complejidad y quizás incluso una enorme complejidad como lo es el hombre mismo, pero la vida no es sino la totalidad de esas complejidades y las complejas relaciones, los complejos cruces entre ellas, y eso mismo es el hombre. El concepto de hombre es el concepto de lo que es la vida y del problema de la libertad y del tiempo y la vida es el problema o la ausencia del problema de lo social.

Él ventea continuamente el peligro. Es evidente que se siente continuamente amenazado. Continuamente está al acecho, lo mismo que el mundo, según le parece, lo acecha a él. ¿Y qué es entonces el organismo? ¿Cuál es entonces la oposición? ¿Espíritu y cuerpo? ¿Espíritu menos cuerpo? ¿Cuerpo sin alma? ¿Cuál entonces? ¿Bajo la superficie? ¿Sobre la superficie? ¿Y en la capa inferior? Un destino huracán así, que se extingue, ¿qué es? (Bernhard, 1985).

III. LA VIDA

El hombre es, claro, mucho más que su relación con los problemas, mucho más que su relación con el mundo. En tanto ese concepto de hombre sufre alteraciones, sufre altera-

ciones el concepto de la vida, de la conciencia del vivir. Sólo puede haber, digamos, un concepto filosófico de la vida del hombre, puesto que ningún otro ser vivo filosofa acerca del estar vivo, ninguno otro tiene conciencia del vivir. A partir de esta idea, conceptualizamos nuestra vida de manera filosófica, mientras que al resto de los seres vivos, sólo biológicamente. Sin embargo, nuestro concepto de hombre, de vida, no deja de depender, en cierta forma, de las relaciones que tenemos con el resto de los seres vivos e, inclusive, de la idea que tenemos de ellos. Lo mismo ocurre con el resto de las ideas, que condicionan nuestra percepción del mundo y, por ello, nuestro modo de vida, nuestro vivir. La percepción del infinito o de la muerte, por ejemplo. La concepción de los olores, del color, la idea que tengamos del amor, de ser amados y amantes, lo que pensamos del universo, del misterio, de lo absoluto, de lo inexplicable, de dios; la idea más pequeña de todas, nuestra forma de soñar, de dormir, la idea que tenemos de cómo van a ser nuestros hijos o si no van a ser, cada idea, cada sensación, cada sentimiento y presentimiento conforman el concepto de lo que es la vida puesto que conforman la vida misma, el modo en el que respiramos la vida.

Escucho mi propia vida. La veo y sé que fue así y no de otra forma. La veo claramente ante mí. Usted, con su vida, que ha sido distinta de la mía, me muestra mi vida". Y al cabo de un rato: Naturalmente, todo se ve partiendo de supuestos falsos (Bernhard, 1985).

Mi idea del infinito es la misma que tenía ya a los tres años. Antes aún. Empieza donde acaban los ojos. Donde acaba todo. Y no empieza nunca (Bernhard: *Ibid.*)

Bernhard hace, sin embargo, una descripción que me parece lo suficientemente explicativa como para no decir nada más acerca de su concepción de la vida; voy a transcribirla:

Yo traspasaría un día un umbral, para entrar en un parque que era gigantesco, realmente infinito, una belleza, las invenciones artísticas se sucedían en ese parque. Plantas y música alternaban en esa naturaleza de la forma más maravillosa, matemáticamente y de modo sumamente agradable para el oído, hasta las más altas ideas del refinamiento: pero no podría recorrer en absoluto ese parque, es decir, disfrutarlo, porque se componía de miles de islotes, de fragmentos de césped pequeños y pequeñísimos, cuadrados y rectangulares y circulares, que estaban tan aislados que no podría dejar aquél en que me encontrara. "Siempre hay en medio precisamente tanta agua y tan profunda que no resulta posible pasar de una isla a otra. En la idea que yo tengo. En el pedazo de césped al que, no se sabe cómo, se ha llegado, y en el que, no se sabe por qué, se ha crecido y en el que se ve uno obligado a permanecer" se perece finalmente, se muere en él de hambre y de sed. "El deseo de poder recorrer todo el parque lo mata a uno (Bernhard, 1985).

Pero el concepto de la vida, con el que está más íntimamente vinculado es con el concepto o más bien con el problema de la muerte. El tiempo mismo no tendría contradicción alguna, sentido trágico alguno, sino fuese por la idea de la muerte. Al final del túnel, la luz que se ve es la del gran abismo, la del vacío. El túnel conduce a un precipicio del que no escaparemos. Sin embargo, la muerte en sí no es un error, algo que pueda

quitarnos lo que tenemos puesto que nada tenemos. La muerte puede que finalmente se convierta en el escape definitivo.

(...)La muerte sólo puede ser la cesación de todos los dolores. La muerte significa librarse de todo; sobre todo de mí mismo". Entre su muerte y él no quedaba ninguna cuestión pendiente. "El acuerdo que he concertado con mi muerte es tan ventajoso como es posible para las dos partes, y perfecto (Bernhard, 1985).

4. LA LIBERTAD

La libertad no es tal. El sentimiento de haber sido arrojado a este mundo, a un fragmento muy reducido de este mundo, se suma a la imposibilidad de dejar de estar en él, a la imposibilidad de elección del pedazo de mundo o del mundo que te corresponde. Bernhard nos deja sin otra cosa que lo que nos es dado, y eso que nos ha sido dado se nos puede arrebatar con la misma facilidad y furia que nos fue dado. Para ninguna de las operaciones que deciden lo que tenemos o no, es tomado en cuenta el hecho de que esas cosas, esa enfermedad, ese amor, ese oficio, sea o no de nuestro agrado, se corresponda o no con lo que somos o con la idea de lo que somos. Ni siquiera esa idea de lo que somos, de lo que yo soy, me corresponde por completo. También esa idea nos fue dada, nos fue impuesta desde el misterio o lo oscuro.

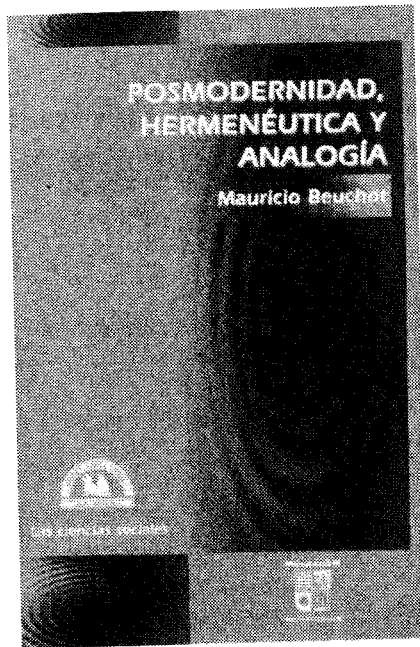
Mi época ha pasado, como pasa una época que no se quiere vivir. Sí, nunca he querido vivir mi época. La enfermedad es consecuencia de la falta de interés por mi época, de la falta de trabajo, de la insatisfacción. En efecto, la enfermedad apareció donde no había nada ya..., mis investigaciones se interrumpieron; de pronto lo comprendí: ¡no, ese muro no puedo franquearlo! Lo que ocurría era: tenía que encontrar un camino que nunca había recorrido... Las noches eran de insomnio, obtusas, grises..., a veces me levantaba de un salto: y veía lentamente cómo todo lo imaginado se volvía falso, sin valor, cómo todo se iba volviendo sucesivamente, de forma lógica, sabe usted, sin finalidad y sin sentido... Y descubrí que el entorno no quiere que se le abran los ojos (Bernhard, 1985).

Y:

Una ley que decía que todo se repetía y, al mismo tiempo, era irrepetible. La eterna conversión del uno en el todo, la disolución sin fin de todos los conceptos. La alegría atraía a la alegría, el vicio al vicio, el amor al amor. "Lo que me une a mí mismo es a la vez lo más lejano", y "el tiempo no es un medio para ocuparse de él", y "soy víctima de mis teorías y al mismo tiempo su dueño (Bernhard, *Ibid*).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Thomas Bernhard. *Helada*. Alianza Editorial .1985.
Pierre Henri Simon. *Proceso al hombre*. U.C.V. 1962.
Raúl Balbé. *Mirada al hombre contemporáneo*.
Martín Buber. *Concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica. 1972.



Posmodernidad, Hermenéutica y Analogía
Mauricio Beuchot

El libro se propone analizar críticamente algunos temas de la filosofía de la posmodernidad, en la que la hermenéutica ha llegado a tener un lugar preponderante. En él se hace un esfuerzo por no simplificar las distintas corrientes que exhibe la posmodernidad, y lo mismo sus pensadores. Además, se quiere atender a las lecciones positivas y a las aportaciones aprovechables que brinda el pensamiento posmoderno; pero se hace, sobre todo, una crítica de varias de sus propuestas. Para ello se examinan, en su marco o contexto, las líneas principales de la posmodernidad con algunos de sus representantes más connotados. Se habla asimismo del imperio de la hermenéutica, que tiene como principales exponentes, aunque todos muy distintos, a Foucault, Derrida y Vattimo. Frente a la crisis posmoderna de la epistemología, el libro trata de hacer una propuesta: la hermenéutica analógica, como alternativa de solución. Se indagan algunos aspectos del neoconservadurismo, la época tecnológica, la cultura de la comunicación, las críticas al sujeto, a la metafísica y al humanismo, con el fin de ofrecer algunas respuestas. Se considera, finalmente, la religión y la experiencia religiosa o misticismo en la posmodernidad, que parece ir más allá de la secularización moderna, que no parecía poderse detener, y toma otros rumbos distintos en el camino del espíritu.